

Índice

PRIMERA PARTE.	
INFIERNO	11
SEGUNDA PARTE.	
PURGATORIO	81
TERCERA PARTE.	
CIELO	121
GRATITUD	207



PRIMERA
PARTE
INFIERNO

«No hay mayor dolor que acordarse
de los tiempos felices en la desgracia».

Dante Alighieri

He llegado hasta aquí sin saber cómo. En este instante hay fango en mi memoria. Después de haber soportado mucho tiempo calumnias y difamaciones, tras un juicio mediático en el que se me lapidó sañudamente, no logro recordar nada de lo que ocurrió ayer. Llevo varias horas inmerso en un estado de ingravidez y desasosiego. Es como si alguien hubiera penetrado con unas tijeras en la red de mi cerebro y hubiese cortado de un tajo sus circuitos, consiguiendo con ello que todos mis recuerdos y vivencias más íntimas se hayan evaporado, dejando un reguero de niebla en mi interior.

No obstante, pese a la evasión de las imágenes que hasta ayer conformaron el desván de mi memoria, queda una que se resiste a desaparecer: la de una hermosa mujer

difuminándose entre los grises árboles de un parque. El vaporoso perfil de su silueta velada por la llovizna, en el crepúsculo. Es mi amada Beatriz, andando muy deprisa por un humilde rincón de Pan Bendito en una tarde mísera de otoño. Contemplo su huida desde un sombrío balcón. Todo se resquebraja frente a mí mientras ella se aleja. Y no hago nada, no puedo hacer nada para detenerla. En esos momentos nadie la acompaña. Está sola, bajo la llovizna. Cuatro o cinco minutos antes habíamos tenido una fuerte discusión y ella, tras insultarme, huyó de casa dando un fuerte portazo, hecha un basilisco. Al principio creí que iba a regresar, igual que otras veces, para disculparse y pedirme perdón. Pero nunca volvió. Nuestra relación finalizó aquel día.

Aunque eso pasó ya hace mucho, la de Beatriz alejándose de mí es la única imagen que ocupa mi cabeza. Tras el duro trance que viví ayer, mi cerebro ha quedado exánime, vacío. El miedo y la angustia bloquearon mi memoria y paralizaron todos mis pensamientos cuando advertí que me perseguían. Fue una experiencia desoladora, horrible, pues, aunque el fragor de los montes y su espesura hacen de este lugar un sitio inexpugnable, no fue fácil burlar a mis perseguidores. Me sobrecogió su tenacidad. Tanto que, aunque han transcurrido varias horas, aún siento que me hallo dentro de esa huida. El coche que me seguía venía cerca, a no más de cien metros, rugiendo a mis espaldas, y hubo incluso un corto fragmento del trayecto que lo percibí pegado a mis talones. Ahí es cuando me empecé a desintegrar a nivel cognitivo. Algo ocurrió en mi mente. A medida que huía, iba perdiendo mis recuerdos, sentía que mi

yo se iba desvaneciendo acorralado y mordido por un miedo que me atenazaba y me impedía pensar.

El miedo borra y deforma los lugares, el espacio y el tiempo, los instantes tumultuosos por los que uno discurre cuando huye de algo o alguien. Por eso, aunque haya logrado refugiarme en mitad de un rincón hermoso e inaccesible —la casita de un monte donde viví hace décadas—, rodeado de olmos, tilos, jaras y jaguarzos, acompañado por la soledad y la voz de los tordos, los cárabos y los mirlos, no sabría explicar cómo he llegado aquí.

No es la primera vez que me sucede. Ya de niño sufría largos lapsus de memoria en los que se desvanecía mi identidad y veía que todo empezaba a deformarse, como si los días se comprimiesen en horas y estas, a su vez, se dilatasen en años, conformando una dulce sustancia pegajosa en la que me enredaba de un modo sutil. Recuerdo una tarde que volvía hacia mi casa (la misma que habito ahora, en este instante) y, unos metros antes de llegar, me desplomé. Caí entre unas zarzas que había junto al camino y, de pronto, sentí que el cielo me engullía y a mi alrededor todo se tornaba añil. Noté cómo desaparecían los quejigos, los espinos y las malvas que había en la espesura y veía mi casa extraña, muy distinta, como si llevase tiempo derrumbada e hiciera unas décadas que había salido de ella. Estuve varios segundos obnubilado. Luego me levanté, observé a mi padre, que estaba a mi lado, y lo vi muy envejecido, casi octogenario, aunque entonces era joven. El miedo me paralizó. Todo era absurdo. Y anduve desconcertado un largo rato, cuatro o cinco minutos, hasta que, por fin, de golpe, la lógica se impuso y el mundo volvió a

ser el de antes frente a mí, igual de radiante, hermoso y familiar.

Viví por entonces experiencias parecidas. Al principio me sorprendían, pero luego terminé por aceptar que era algo consustancial a mi existencia. Conozco bien el inicio o la raíz de esos desórdenes espacio—temporales que, con cierta frecuencia, siguen desquiciándome. Todo empezó cuando tenía once años, tras el encuentro insólito que tuve no lejos de aquí, de la casa donde estoy, con Ceferina, una extraña viejecita que, según se decía, practicaba la videncia, y que a través de pócimas, ritos y sortilegios entraba en contacto con el más allá. Y aunque nunca creí en asuntos de esa índole, lo que viví a su lado no tiene explicación. Desde entonces hasta hoy la vida ha fluido para mí en sentido inverso al tiempo en un reloj, y casi nunca he sabido interpretarla. ¿Cómo interpretar lo absurdo e inefable? ¿Cómo aceptar lo ininteligible, lo que sucede fuera de la lógica y perturba el sentido de la realidad?

Me cuesta hablar de estos asuntos: hay hechos que ocurren sin un sustrato lógico y, a pesar de haberlos vivido intensamente, uno sabe que no debería contarlos, pues si lo hiciera nadie le creería; aunque, a estas alturas, eso me da igual. De un modo o de otro, lo que me pasó aquel día ha permanecido intacto en mi memoria y estoy absolutamente convencido de que no lo soñé, sino que lo viví. Aún percibo la atmósfera exacta del instante en el que comenzó todo: la estancia penumbrosa, las hierbas silvestres apiladas en un rincón, su olor pegajoso que iba narcotizándome, hasta que la voz febril de Ceferina acabó de envolverme y mi conciencia, anestesiada, salió al exterior

como un pájaro aterido buscando abrigo y refugio entre las nubes. Aunque parezca extraño, o imposible, dejé atrás mi cuerpo y volé lejos de mí. Veía los murmullos y oía las imágenes. Era como habitar sin ser consciente en una sinestesia, en un plano distinto a esta realidad.

A raíz de ese hecho, ya no sería el mismo. El tiempo empezó a dilatarse y a encogerse fuera y dentro de mí como un chicle desgastado. Pasado, futuro y presente se mezclaron tras aquel incidente absurdo en mi existencia y mi mente, antes sólida como un templo de mármol, comenzó a sufrir grietas y se llenó de ortigas, de oquedades de niebla por las que no entra la luz. Necesito por ello hablar de esa experiencia para así soltar lastre y sentirme más liviano, aunque mi situación es muy delicada y no encuentro apenas fuerzas para hacerlo. En estos momentos soy un ser desamparado: desde hace ya un tiempo vienen tras mis pasos y no sé si darán con el camino que acerca a este espacio donde no entran ni las águilas. Supongo que no lograrán llegar aquí, pues muy pocos conocen la pista forestal flanqueada de jaras, espinos y jaguarzos, que atraviesa esta sierra umbría e intransitable a la que no puede acceder cualquier vehículo que no esté acondicionado para andar por lugares abruptos e inhóspitos como este. Y los coches que usan mis perseguidores, tan urbanos y modernos, por suerte, no lo están. Eso me tranquiliza de algún modo.

Aun así, no me fío. No he de confiarme nunca. Si llegaran aquí y lograsen dar conmigo no habrían servido de nada mis esfuerzos y mi vida otra vez volvería a ser el infierno en que se convirtió los meses últimos. El incordio voraz al que me han tenido sometido

terminó finalmente casi desequilibrándome. Fue difícil aguantar tanta presión.

Mis mejores amigos acabaron abandonándome y, de un día para otro, me vi solo y vacío. Mi descenso al abismo fue vertiginoso. Nadie vino nunca a ofrecerme su consuelo, salvo mi psiquiatra, Alberto Castañón, mi amigo Juan Cáceres (tan cerca, aunque esté lejos, pues tiene su casa en Mallorca) y mi hermano Daniel. Solo a él le debo seguir vivo. Sin su apoyo no habría logrado escabullirme del infierno maldito al que ellos me arrojaron. Dani —así le he llamado desde niño— estuvo conmigo desde el primer instante y luchó, a su manera, contra los difamadores y los periodistas tercios, atosigantes, que se han cebado conmigo sin piedad.

Aún no han cesado en su acoso miserable. Hasta hace muy poco oí su aliento tras mi nuca. Era difícil darles esquinazo; pero gracias a mi hermano —ahora empiezo a recordar— logramos escabullirnos y despistarlos a casi treinta kilómetros de aquí, cuando regresábamos desde Puertollano y enfilamos, entrada ya la noche, el carreterín que lleva a Gargantiel, un pueblo poético, casi fantasmagórico, ubicado al noroeste de Sierra Madrona, donde Castilla-la Mancha se diluye y empieza a esbozarse el paisaje horizontal de una Andalucía mordida por el paro, el desamparo, el olvido y el desdén.

Unas horas antes de eso, me hallaba desalentado. La angustia silbaba aleteando en mi cabeza como una

moscarda en un cuarto en penumbra donde empieza a velarse el cuerpo de un anciano antes de que acabe de morir. Al salir de Madrid intenté aparcar la tensión que he vivido últimamente —en menos de un año he perdido quince kilos—; sin embargo, no pude relajarme e hice todo el viaje pensando en el asunto que desde hace unos meses me impide descansar. Inclinando mi rostro sobre la ventanilla, dejaba que mi alma saliera de mi cuerpo y mis ojos acabaran prendiéndose al paisaje, la infinita llanura punteada de viñedos que, como una caricia, rozaba mis pupilas, ajena a mi angustia y mi desolación. A veces, casi conseguía concentrarme en la imagen del campo veloz que se irisaba como un fotograma abrazado por la luz. Pero luego, enseguida, volvían los problemas a ocupar su lugar dentro de mi pensamiento y, en solo un segundo, acababa diluyéndose como anís en el agua el brevísimo relax.

Aunque parecía que el viaje era infinito, llegué a Puertollano en poco más de una hora y cuarto. Y fue ahí, a la llegada, cuando mi mente se bloqueó. Todo pasó deprisa, en dos segundos, y me vi sumergido en una realidad distinta, como si estuviera fuera de mí mismo y se diluyese mi personalidad en una densa neblina de grisú. Así, en ese estado de enajenación mental, me he mantenido durante horas. No obstante, ya voy rescatando las imágenes, los recuerdos obstruidos hasta hace poco en mi memoria como troncos atascados en el légamo de un río que una fuerte tormenta al fin logra arrastrar. Por fortuna, de nuevo vuelven ya a fluir.

Mi hermano me recibió en la estación y ya estaban los periodistas allí, al acecho. Llovía en ese instante de

un modo torrencial y el agua brillaba fuera del recinto dibujando en la calle un fulgor tornasolado que tintaba las casas de una luz azafranada que las abullonaba y las mecía en una especie de danza medieval que en mí producía un efecto casi hipnótico. Del exterior llegaba un aire frío. Dentro de la estación, por el contrario, hacía un calor húmedo, casi bochorno. Flameaba en el recinto una enorme expectación, como si se aguardase la llegada de un artista célebre o de uno de esos gerifaltes corruptos y ególatras, azuzados por la prensa, que han perdido el respeto a sus fanáticos votantes, quienes, aunque les mientan y evadan capitales a cuentas ocultas para el fisco, les siguen regalando su voto sin pudor.

El mundo que habito se halla del revés. Me habría gustado nacer en una época más justa y sensible, menos insolidaria que esta que me ha tocado vivir. Cuesta entender que mi persona, un cura corriente —según algunos, subversivo—, tertuliano habitual de esos programas donde se discute, a veces con vehemencia, de temas políticos y crítica social, después de un juicio errático y absurdo del que, gracias a Dios, he salido absuelto, pueda haber despertado tanto interés mediático.

Hace solo unas horas pude comprobar de nuevo el fervor que mi situación sombría, pese a mi voluntad, ha alcanzado en el país. La prensa sensacionalista es pertinaz y sigue mis pasos a cualquier sitio que voy. Así, apenas bajé del AVE en Puertollano, me encontré rodeado de cámaras y micrófonos, algo que me desconcertó profundamente, pues ¿quién les podía haber dado la noticia de que esa tarde iba a viajar a Puertollano? ¿Cómo podían conocer en qué tren viajaba para estar apostados

allí a la hora precisa? No podía creerlo, pero estaban esperándome y, apenas los vi, comencé a temblar.

Las preguntas y los flases empezaron a rodearme como violentas oleadas de granizo. Pero no respondí. Seguí avanzando indiferente.

Quizá hubiese debido detenerme para afirmar que soy inocente y que no tengo que huir de nadie, pues mi conciencia se halla cristalina y no he hecho nada de lo que se me acusa. Pero en esos instantes me hallaba bloqueado. La situación me había vencido. No obstante, mi hermano, cansado del acoso y el hostigamiento que estábamos sufriendo, se volvió a un periodista y, tras tirarle el micro al suelo, con mucho vigor y violencia le gritó:

—¡Iros al carajo, miserables! —su voz restalló en el aire como un látigo—. ¿Es que no nos podéis dejar en paz?

Se hizo un gran silencio y bulló de repente un halo de perplejidad entre los rostros que nos rodeaban. Pero luego, enseguida, volvieron los murmullos y un grupo de gente vino hacia nosotros para enseguida imprecarnos con fiereza. Entonces mi hermano tiró fuerte de mí y abrió como pudo un hueco para huir entre la escandalosa muchedumbre, donde reconocí a varios fotógrafos y algún periodista afamado de esa prensa generalmente mediocre y putrefacta que, sin mucho criterio, llaman del corazón.

Corrimos hacia el aparcamiento y noté a mis espaldas un inmenso griterío, como si la estación fuera un ser vivo y lanzara un gemido agonizante que en mí producía una desazón vitriólica. Subimos al coche y, sin pararse a decir nada, Dani arrancó dando un resoplido.

Escapamos de allí como una exhalación. No obstante, al poco de iniciar la huida, cuando habíamos salido ya de Puertollano, noté que alguien venía persiguiéndonos, lo que acrecentó mi malestar.

—Creo que vienen siguiendo nuestro rastro —le dije a mi hermano.

—¡Estos cabrones se lo han tomado en serio! —dijo él conturbado, mirando de soslayo dos faros agrandándose en el retrovisor. Y aceleró todo lo que pudo.

Seguía lloviendo de un modo torrencial y yo tuve miedo de que en un descuido saliésemos despedidos del asfalto para acabar en la cuneta. En un par de ocasiones estuvo a punto de ocurrir.

La persecución fue larga y tensa. Dani iba absorto, centrado en el volante, y, aunque yo le animaba a que fuese más despacio, él no atendía mi consejo. Hasta que hubo un momento, cerca ya de Gargantiel, cuando ya no llovía, en que aminoró la marcha, giró a la derecha y adentrándose en el monte por un camino infernal e intransitable, consiguió despistar a los perseguidores. Yo había perdido ahí la noción del tiempo y no era consciente de dónde me encontraba. Mi espíritu había escapado ya de mí.

Cuando volvimos a salir a la carretera que conduce a Almadén eran ya casi las diez, y llegamos aquí, al Peralejo, sorteando barrizales, estrechas veredas y arroyuelos desbocados, según aclaró después mi hermano, pasadas las once y media de la noche. El final del camino estaba lamentable y no pudimos acercarnos hasta la casa, así que a treinta o cuarenta metros de esta dejamos el coche a orilla del sendero y, aunque yo en ese

instante aún seguía bloqueado, fui esquivando nervioso los charcos, casi a ciegas, entre espinos y zarzales, a un paso de mi hermano, hasta que llegamos al fin donde ahora estoy.

Ya en casa, él dio un resoplido. Abrió la puerta. Y entonces sentí, de pronto, no sé cómo, que la pesadilla había concluido, aunque solo fuera de un modo momentáneo. Repentinamente, después de mucho tiempo, muy dentro de mí experimenté una paz que vivificaba todos mis sentidos, los recovecos más frágiles de mi ánimo. Ahí, en ese momento, mi identidad volvió y se reconectaron todas mis neuronas. Me costaba creer que había dejado atrás el infierno para volver al útero materno, el rincón familiar donde vi la luz primera. Y aunque la sensación fue más bien breve, por un instante miré dentro de mí y sentí en mi interior un susurro acogedor, como si pasara despacio entre mi angustia y mi desasosiego un aire diamantino, oloroso a romero y hojas de abedul. Más tarde ese aire se hizo huracanado y volvió a inundarme una desazón brutal. Me detuve a pensar durante unos segundos la persecución que acababa de sufrir, y, como si entrase en mí la lluvia huraña que atravesaba los montes, sentí frío.

Un hombre huido es un árbol deshojado en mitad de una nada enorme y silenciosa; alguien que cuando mira el horizonte ve siempre el crepúsculo y no el amanecer. Leí esta frase en algún libro de versos —la poesía fue

siempre mi amable compañera— que, en estos momentos, no logro recordar; pero debo decir no obstante que, ahora mismo, define con precisión mi estado anímico: me siento un árbol sin hojas, desahuciado en mitad de una terca e infinita soledad.

Desde que llegué aquí apenas he descansado. La noche pasada no pude pegar ojo. El ajetreo de ayer pasó factura y una profunda ansiedad me taladraba, giraba en mi alma igual que una polilla en torno a la luz de un viejo aserradero. Mi hermano, tras charlar conmigo un rato e intentar animarme, me preparó la cena, aunque no se detuvo. Salí a despedirle a la puerta de la casa. La oscuridad del campo daba grima: el viento bramaba agitando los arbustos como un cíclope ciego en mitad de una batalla. Olía a hojas podridas de quejigo, a brotes de hinojo y charcos de caolín. Dani arrancó su coche y, presuroso, tomó el caminillo que lleva a Guadalmez, un pueblo que queda de aquí a unos diez kilómetros en el que reside desde hace un par de décadas. Allí le estarían esperando, imagino, mi cuñada Merce y Javier, su hijo mayor, que vive a caballo entre Ciudad Real y el pueblo, e igual que su madre no sabe que he venido y, provisionalmente, me he instalado aquí, en su casa. Tampoco lo saben mis otros dos sobrinos, Rafael y Pilar, que viven en Madrid.

Queda tranquilo que no les diré nada, dijo mi hermano cuando se iba, volviendo un instante la cabeza atrás, y su voz se quedó resonando en el ambiente, en mitad de la sierra horadada por la lluvia, como el silbo de un pájaro en el áspero pasillo de una estancia ruinosa perdida en la maleza. Al quedarme solo en medio de

la nada, en la soledad inmensa de estos montes, sentí de repente el nudo enorme de una soga estrangulando la luz de mi razón. Fui consciente, de pronto, de que mi alma era un zarzal sobre el que estaba soplando un viento gélido. Sentí que avanzaba la grama en mi interior, el silbido incipiente de un profundo desamparo que, después de unas horas, se iba a apoderar de mí sin que pudiera poner ningún remedio. Y, mientras rumiaba ideas y pensamientos de una manera caótica, incoherente, la lluvia caía con furia en el tejado envolviendo mi espíritu con su desolación.

La lluvia se ha ido, pero el caos sigue habitándome. La sierra comienza donde mi alma se diluye y se funde a lo lejos en un roquedo vertical, a cuyos pies se yergue la espesura. Aunque se trate de otras circunstancias, es la misma visión que tuve de chiquillo, una perspectiva familiar sublime, aunque también agridulce y dolorosa. Hoy veo en esa imagen el símbolo del éxodo y la nítida estampa de la desposesión que desde hace décadas habita este paisaje: los que ayer poblaron estos montes se marcharon o fueron desapareciendo, uno tras otro, de manera terca e irremisible. El olvido y la muerte no los perdonó.

Su soledad, no obstante, hoy me acompaña. Lentamente voy readaptándome a vivir en este lugar al que ya pertenecía. En este espacio pervive una pureza que, en otro tiempo, de niño, creció en mí como una mata de

hinojo entre la nieve. Y, a pesar de todo, no encuentro el descanso. A lo largo del día mi espíritu está en calma, pero al oscurecer siento que el mundo se derrumba de nuevo sobre mi corazón. La noche última —igual que las anteriores— por más que quise no pude descansar. Cerraba los ojos y volvían a mi memoria imágenes y frases del juicio celebrado hace ya meses perturbando, a pesar de haberlo ganado, mi conciencia, generando en mi alma una sensación viscosa en la cual se mezclaba un desordenado gozo con una felicidad casi agri dulce: la de saber ganada una batalla que mis enemigos no me han de perdonar.

La consecuencia de todo fue el insomnio que hociqueaba en mis sienes abotagadas con la fiereza árida y agraz de un lobo atrapado en un cerco de espinos. Me levanté finalmente de la cama y, después de encender un cabo de vela, me puse a leer un texto de San Juan de la Cruz, mi poeta predilecto. En los últimos meses releo su obra lírica. Hay algo en sus versos que, además de serenarme, me seda y reconforta espiritualmente, haciéndome huir de la hosca realidad en la que, hasta hace unos días, estuve inmerso. La última vez que acudí a leer al gran místico aún residía en mi casa de Madrid, rodeado por la llovizna que caía empapando de blenda el parque del Retiro. Esa tarde me hallaba, es cierto, muy confuso, pues había regresado de tratar con mi psiquiatra el caos mental en que me encontraba sumido, y no lograba apartar de mí un segundo la imagen de la mujer que tanto he amado, Beatriz Carpentier (ángel y demonio a un tiempo), y a la que, aunque a veces me pese, aún amo con locura. Intentaba olvidarla, incluso aborrecerla, dejar

de sufrir por ella, y no podía: por eso leer los versos de San Juan produjo en mi alma un sosiego electrizante, un extraño relax que, a la vez que me envolvía, cauterizaba las llagas de mi angustia ayudándome a ver la vida de otro modo, con más calma y serenidad; aunque la procesión seguía por dentro y los ojos de ella quemaban como estrellas caídas del cielo la paz de mi interior.

Mi existencia es ahora como un arbusto en llamas azulado en la noche por un viento irascible que solo mi amada podría apaciguar. Si estuviera a mi lado todo sería diferente. Beatriz mediría como un dulce astrolabio la posición de las dudas y de los miedos que, como astros, levitan en torno a mi conciencia, trazando armonía en el corazón del caos que, en muchos momentos, hay dentro de mí. Ojalá estuviese conmigo en este instante. Sin embargo, no es así. Y yo soy culpable de ello, pues no le hice caso el día que me pidió que iniciara a su lado una aventura, una vida distinta a la que los dos llevábamos, y huyéramos lo antes posible de Madrid a un sitio en que nadie nos pudiera conocer.

No puedo dejar de pensar qué habría ocurrido si le hubiera hecho caso dejando el sacerdocio a un lado para asentar mi vida junto a ella. De haber tomado esa decisión no me hallaría en estas condiciones, temblando de miedo y tristeza en estos montes como un lobo acosado en la noche por los pasos de un experto furtivo que viene a darle muerte y ha cerrado su única vía para huir, una estrecha vereda abierta en la espesura. Yo soy ese lobo que está frente al peligro y no halla otra opción que hundirse en un zarzal para poder escapar de su enemigo.

Sólo ella, Beatriz, podría sacarme de este infierno. Mi corazón se encuentra lacerado por haber decidido apartarme de ella. Hoy estoy convencido de que me equivoqué, de que me faltó valor. Soy culpable de haberme mentido a mí mismo, de no haber sabido romper en su momento con el ritmo de vida hipócrita y ficticio, colmado de apariencias, en que me sumergí para huir del amor más puro de mi vida.

Debería haber sido más valiente y haber atendido la opinión del ínclito Alberto Castañón, el psiquiatra al que un día confesé el estado confuso de mi espíritu, absorbido por el enamoramiento de Beatriz. Él fue, antes que nadie, quien me prestó su apoyo y vino a poner en las grietas de mi ánimo, con mucha mesura, la crema de su voz que, al menos en principio, ayudó a cauterizar el desasosiego en que me hallaba. Las veces primeras que hablamos del asunto me estuvo animando —jamás lo olvidaré— a que hiciera más caso a la voz del corazón que a la de mi conciencia o mi cerebro; pero yo desoí lo que me aconsejaba, porque no podía asimilar que un hombre católico como él pensara de manera tan libérrima. Siempre fui un pusilánime, un hombre temeroso de la opinión de los demás. He obrado pensando en la gente de la calle y me he negado a aceptar lo que, en relación con Beatriz, era evidente: que estaba prendado de ella hasta los huesos. Hasta que Alberto, durante una de mis visitas a su consulta, cansado de oír mis ideas timoratas en torno al sacerdocio, me dijo con crudeza lo que nunca hubiera esperado escuchar. Su agraz veredicto me desarboló.

—Me preguntas qué opino, Jesús, de la atracción que sientes por Beatriz —comentó en un momento de la

dilatada charla que mantuvimos—, pero si te lo digo, puede que te molestes. Y sabes bien lo mucho que te aprecio. Lo último que querría es hacerte daño.

—¿Por qué habrías de hacerme daño —respondí—, si lo que vas a decirme es la verdad y lo haces por mi bien? Además, ¿a qué crees que he venido a tu consulta, sino a que me ayudes a salir del agujero en el que me encuentro?

—Sí, quiero ayudarte —dijo—. Además de paciente eres mi amigo; un sacerdote moderno, sensible y bien parecido. ¡Ya quisiera yo contar con tu físico, encandilaría a cualquier mujer! —sonrió un instante—. Pero cuando estamos sumergidos en una profunda depresión, pasando un momento difícil, no nos gusta oír nada negativo. Cuando uno está hundido necesita oír lo bueno, lo más positivo de su personalidad.

Se quedó callado, pensativo, y, aunque creí intuir lo que rumiaba y pensé interrumpir su ensimismamiento, decidí esperar a ver qué concluía.

—Y ese es el problema —concluyó—, que no nos agrada escuchar en labios de otros las imperfecciones propias. Sobre todo cuando nos hallamos deprimidos y el mundo se hunde a nuestro alrededor.

—Pero tú me conoces, Alberto —argumenté—, de modo que puedes decirme sin temor lo que piensas de mí.

—Sí, tienes razón —arguyó él—. Claro que te conozco. Pero temo hacerte daño. Conozco tu sensibilidad.

—No te preocupes —respondí—. Lo que debas decirme, dilo, aunque me duela.

—De acuerdo, Jesús —la voz del psiquiatra tomó un acento enérgico, no exento con todo de dulzura o serenidad, que a mí, a pesar de todo, me azoró—.

Pues pienso que tu actitud es cobarde, que no sabes afrontar con valor la situación. No sabes cuánto me duele verte así por no ser capaz de aceptar la realidad.

—¿A qué realidad te refieres? —respondí en un tono de voz destemplado.

—A la que no quieres admitir porque estás lleno de miedos y de absurdos prejuicios que te paralizan y te impiden ser feliz. ¿Tú crees que ese dios en el que ambos creemos puede ver con buenos ojos que te estés engañando a ti mismo y no te adentres en el camino del amor? Si amas a Beatriz, no lo dudes y ve con ella; pero dejando atrás tu sacerdocio y no jugando, como haces, a dos barajas. Lo uno o lo otro, Jesús. No seas cobarde. Tu cobardía me confunde.

—No, no es verdad —mascullé—. No esperaba esto de ti.

—Ya te advertí que no te iba a gustar lo que opino —arguyó Alberto—. Pero debo decirte la verdad. Si fueras valiente escucharías a tu corazón y te irías con Beatriz. Te comportas como un pusilánime, Jesús.

—Tampoco tú eres un dechado de virtudes —dije en tono árido, ofendido, lanzándole toda la rabia de mi voz.

—Es verdad, no lo niego. Pero aquí no estamos para hablar de mí —dijo Alberto— sino de ti y de las circunstancias que te están minando.

Se quedó callado un instante, unos segundos que dentro de mí parecieron eternizarse. Y enseguida, unciendo a su voz un acento áspero, herido y decepcionado, remató:

—No debes olvidar que soy tu amigo. Si no fuese porque te aprecio tanto, si en vez de ser tú fuese otra persona la que tengo frente a mí, no dudes de que ya haría un rato que la habría largado. Pero no te preocupes, que a ti no te echaré.

—¡Es lo que me quedaba por oír! —exclamé mientras me levantaba de la silla movido por una desazón terrible—. ¡No hace falta que me eches, ya me voy yo! ¡Conozco bien el camino! ¡Quédate tranquilo, que no volveré a molestarte nunca más!

Sorprendido, Alberto intentó detenerme como pudo y hacerme entender que no debía enfadarme por lo que había dicho, pues no iba contra mí y lo que pretendía era hacerme reaccionar. Sin embargo, salí de allí, de su consulta, como un rayo, intentando alejarme cuanto antes.

A raíz de aquel incidente, Alberto y yo estuvimos distanciados, sin hablar uno con el otro, varios meses, hasta que un día decidí acercarme para pedirle perdón a su propia casa. Y él lo aceptó enseguida, de buen grado. Luego nos dimos un abrazo y, al salir de nuevo a la calle, sentí una densa paz que vivificaba mis sentidos. Creí que aquel breve reencuentro iba a servir para restablecer la amistad perdida; sin embargo, la relación que antes tuvimos no volvería a ser la misma. Desde entonces algo cambió para siempre entre los dos.

Hoy me acuerdo de él, de Alberto, mi psiquiatra y amigo excelente desde que éramos muy jóvenes, y vuelvo a tener la misma sensación del día que estuve en su consulta para pedirle consejo en relación con mi súbito enamoramiento de Beatriz. De vuelta a casa,

empezaba a lloviznar y el aire, muy húmedo, soplaba con desgana sobre los árboles grises del Retiro alzando entre ellos una capa de vapor en la que dejé flotar mis pensamientos, demasiado confusos y plomizos. Luego, al llegar a mi piso fui a mi habitación y, tras echarme en la cama, comencé a degustar los versos prodigiosos de San Juan de la Cruz. Así, de ese modo, leyendo versos místicos, fui recuperando gotas de sosiego mientras iba sintiendo en las calles de mi alma, aún poblada de niebla, de angosto desaliento, los pasos azules y suaves de Beatriz.

Anoche, al leerlos volví a sentir lo mismo, tras haber recordado los ojos de mi amada y sus senos pequeños rozándome la piel; una sensación difícil de explicar, donde se mezclan el gozo y el pecado a partes iguales, de un modo obsesivo. Finalmente, el sueño llegó cuando la lluvia comenzó a tamborilear con menos rabia en las ventanas y las vigas del tejado. En esos momentos, casi amanecía, y los versos de *Noche oscura*, tan sublimes, aún seguían vibrando lumínicos en mi espíritu resaltando con ello la imagen de Beatriz clavando en mi alma, a la vez, tiniebla y luz.

El azar, o el destino —a la postre son lo mismo—, me ha traído a este lugar. Y ahora intento emerger del naufragio en el que he estado sumido últimamente. El infierno está ahí fuera, lejos, en la ciudad; aquí hay silencio y una soledad magnética, febril, que todo lo abarca y cubre de

un dolor que reverbera y silba como un cárabo herido en el anochecer.

Las horas primeras, es verdad, no fueron fáciles en este rincón tan áspero y agreste en el que flotan voces del pasado. Llevo ya una semana aquí, en el Peralejo —así se llama la casa de mi hermano y el lugar de la finca donde se encuentra—, y, aunque no puedo olvidar lo vivido, empiezo a observar las cosas de otro modo. Ahora me hallo más sereno. Respiro armonía y un silencio tan profundo que, a veces, resulta asfixiante para mí, tan acostumbrado a la vida de ciudad y a los ruidos de un mundo exterior que aquí no cabe.

Ese mundo, lo sé, he de olvidarlo cuanto antes. He huido de él para refugiarme en este. Miro esta sierra envuelta en un fulgor que todo lo hace más próximo y humano, y empiezo a sentir las cosas de otro modo, como cuando era niño y paseaba con mis padres y, después de la muerte de ellos, con sus sombras por estos parajes donde un trozo de mí ha permanecido enterrado tanto tiempo. Tras las lluvias recientes que embarraron los caminos y las cercas humildes desbordando los arroyos, hoy el sol reverbera en la cumbre de los montes sacando reflejos amarillos de las peñas, dejando en la hierba, en los árboles y arbustos, saucos y coscojas, almendros y quejigos, que hay frente a la casa, una pátina dorada que aclara los bosques y ensancha las veredas, encendiendo con ello la paz de mi interior, los aromas y colores guardados en mis entrañas, esos que hoy resucitan la inocencia de la vida sencilla que antaño conocí.

Mi hermano acercó del pueblo hace unas horas una cesta con víveres para varios días. También me ha traído

un paquete de cien folios para que en ellos haga anotaciones y vaya plasmando lo que a diario me suceda. Me ha animado a que lo haga, pues conoce bien mi inclinación creativa y entiende que puede servirme de relax. Aunque Dani habla poco, solo lo imprescindible, se quedó un largo rato a desayunar conmigo y, después de contarme algunas novedades en torno a mi caso —aún candente, por desgracia—, volvió hacia Guadalmez. Antes de irse me dejó sobre la mesa un pequeño transistor, unos auriculares, una linterna y un estuche de pilas para conectarme al mundo; pero yo rechacé enseguida su regalo, pues deseo cortar, al menos por un tiempo, con el exterior de un modo radical. No quiero tener noticias de ese mundo que, deliberadamente, abandoné.

Para exhalar las sombras que me afligen, he salido de casa tranquilo a pasear y, a pesar de seguir temiendo la llegada de quienes más tarde o temprano han de venir, siento que el campo penetra en mi conciencia. Nada más salir, muy cerca de la casa, he visto volar a un bando de jilgueros que ha ido a posarse encima de unos cardos para picotear con entusiasmo, y una particular glotonería, las diminutas semillas verdinegras. Y el hecho de haber tenido a los jilgueros tan cerca de mí ha removido en mi interior una felicidad casi olvidada.

Poco a poco voy reencontrándome a mí mismo. El infierno, parece, va quedando atrás.

Después de unos días tranquilos, relajados, esta mañana he visto detenerse un todoterreno no lejos de aquí, a tres-

cientos metros de la casa, entre el camino y los juncos del arroyo. Bajaron dos hombres —pequeños monigotes de un tono verdoso, casi de camuflaje—, y me parecieron dos guardas rurales, aunque bajo el brillo púrpura del aire que inundaba estos campos vacíos no los podía observar con nitidez. De todos modos, aunque el susto fue muy grande (apenas los vi pensé en mis enemigos), las dos siluetas minúsculas, desvaídas, dejaron el coche en la espesura y, tomando el rumbo contrario al de esta casa, se adentraron en la finca de Labruna, el terreno más grande de estos contornos. En un par de minutos la sierra los cubrió y los acabó engullendo.

Los miembros de la Benemérita —luego observé de cerca su vehículo, tras bajar con cuidado hasta el arroyo— se hundieron con diligencia en la maleza, probablemente en busca de furtivos. Anoche, de madrugada, oí disparos, y es probable que algún desaprensivo hiciera carnaza tumbando alguna pieza —en estos campos hay muchos jabalíes, y abundan también los ciervos y algún gamo— desde su puesto escondido entre las jaras y las charnecas del denso matorral.

La Benemérita, igual que en otro tiempo, cuando yo era un chaval, va en busca de furtivos y gente que anda trampeando por el monte, cazando piezas mayores, o más pequeñas: perdices, zorzales, mirlos o petirrojos. Mi hermano Daniel ha dejado algunos cepos y un manojo de trampas por si quiero utilizarlas para cazar conejos y pajarillos. Pero no voy a hacerlo, aunque así obrara antaño, cuando era un zagal que practicaba el furtivismo burlando más de una vez a los del tricornio. Entonces solía atrapar jilgueros vivos con un pegamento

hecho con savia de almendro silvestre puesta a calentar. A veces también solía coger, con la pega de almendro, collalbas, cogujadas, e incluso, de tarde en tarde, algún pinzón o alguna oropéndola que hubiera por allí.

Me conocía al dedillo estos parajes y esquivaba a los guardias que, con habilidad, después de seguir mis huellas en la espesura, intentaban tenderme encerronas. Pero entonces tenía doce años —fue poco antes de irme a estudiar al seminario de Ciudad Real para ser cura— y no habían caído en mis manos los poemas de Juan de la Cruz, Bécquer o Garcilaso, que empecé a devorar a la hora del estudio cuando entraba a la biblioteca del recinto con el fin de hacer un trabajo para clase. Comenzaba a estudiar, de entrada, con fruición las lecciones que tocaran esa jornada (geografía, latín, historia o matemáticas), pero al final desviaba mi interés hacia el estante en que estaba la poesía. Mi modo de ser cambió al topar con ella: leer poesía me hizo más sensible, y también más profundo y espiritual, si es que, de algún modo, no lo era de por sí.

Hace ya varias décadas que, aunque amo los jilgueros, dejé de atraparlos vivos como entonces con pega de almendro cerca de una fuentecilla o entre los juncos y carrizos del arroyo. Hoy por eso no huyo de la Benemérita, sino de mi pasado más reciente y el escándalo absurdo que aún bulle a mis espaldas como un griterío de cuervos agoreros que asaltan de golpe la orilla de un maizal. Y en ese pasado cercano, que ahora esquivo, guardo un secreto turbio e inconfesable: mi relación amorosa con Beatriz, algo que, de momento, nadie sabe y, aunque estuve a punto de hablarlo hace

unos días volviendo de la estación de Puertollano con mi hermano Daniel, no me atreví a decírselo. Ahora me siento arrepentido de no haber aprovechado esa ocasión para soltar lastre de una vez.

Hace más de dos años que empezó el largo calvario que, finalmente, me condujo al lugar donde yazgo como un náufrago, hundido en una soledad que pesa demasiado. A pesar de todo, no debo quejarme. En la soledad he hallado las esquirlas de la vida agradable que antaño tuve aquí. Preciso muy poco para sentirme a gusto y, aunque a menudo me acuerdo de Beatriz, no echo de menos el bullicio de la gente. No necesito hablar con nadie, como cuando habitaba la ciudad. Aquí la vida se mueve de otro modo, envuelta en la lentitud de las montañas y las nubes que pasan remando sobre ellas como si fueran espíritus errantes, siluetas de muertos que ayer vivieron en estos pagos y se resisten a irse a otro paisaje, pues saben que aquí descansan sus raíces, la umbilical fusión de sus recuerdos, el eco violeta de sus últimas ilusiones cuando, de un modo u otro, hubieron de partir cargados de olvido hacia la eternidad.

Las nubes, siempre las nubes recorriendo el espacio perdido en un rincón de mis entrañas donde sigue vibrando el trino de un jilguero enjaulado en la casa feliz de mi niñez. Mis ojos viven atados a esas siluetas. Mi pensamiento vaga libremente entre las jaras, los olmos y los jaguarzos fundiendo mi vida con el resplandor

sagrado de una Naturaleza primitiva que, ebria de azules y familiares sendas, ensancha los límites de mi libertad. Este es un sitio ideal para perderse o, al contrario, para encontrarse después de mucho tiempo. Un hermoso refugio para aquellos que han llevado una vida estresante en cualquier ambiente urbano. En este lugar te sientes más liviano. Más libre y más feliz.

En la soledad hallo compañía.

Ni siquiera acude ya mi hermano a verme. Desde hace diez días no viene por aquí. La última vez me trajo algunos víveres junto a varias noticias que, además de no agradarme, suscitaron de nuevo en mi alma la inquietud. Le insistí en que no volviese más a informarme de asuntos que a mí no me interesan (lo de mi juicio sigue trayendo cola) y él salió de la casa sin decir siquiera adiós.

Desde entonces no ha vuelto a visitarme, aunque tampoco me importa demasiado. Lo que me preocupa ahora, en este instante, es que nadie sepa que estoy viviendo aquí. No fue fácil huir de mi otra vida, pero tuve que hacerlo pese a mi voluntad, sabiendo que en ello me lo jugaba todo, el frágil futuro que se cernía ante mí. Sin haber hecho nada malo, un día llegó el escarnio, una persecución que aún sigue en pie.

Mi vida se fragmentó sin esperarlo cuando salí del programa matutino de televisión en el que colaboraba junto a un puñado de contertulios —una monja rebelde, un periodista rojo, ácrata, crítico acérrimo de la monarquía, y el presidente, jocosos y populistas, de una región del norte que, a menudo, lanza críticas ácidas contra el poder político y la corrupción que suele conllevar—, todos ellos tachados de peligrosos anti sistema por la

derecha más rancia del país. El programa en cuestión tenía una enorme audiencia, y a mí me agradaba acudir a esas tertulias, en ocasiones muy controvertidas, pues en ellas tratábamos temas de índole social que yo encontraba amenos e interesantes, escabrosos a veces, y muy críticos con el poder.

Aunque eran muy distintos a mí, solía conectar con los otros contertulios y, cuando manifestaba mi opinión en los tensos debates que allí se producían, sentía que se oxigenaba mi conciencia y soplabá en mi ánimo un viento cristalino que aclaraba las sombras que oprimen mi interior. Pero aquella mañana, sin saber por qué, antes de comenzar me hallaba incómodo y sentía un sutil desasosiego, como cuando uno intuye que se cierne una desgracia y esta va a producirse de un momento a otro, aunque no haya motivos para que así sea. No obstante, mis presagios se cumplieron cuando la directora del programa vino a confiarme, acabada la tertulia, un rumor que habían levantado contra mí y que, de hacerse público, podía arruinar mi reputación.

Al principio intenté tomar el asunto a broma. Así aguanté cuatro o cinco minutos, no más, porque, enseguida, al percibir los rostros constreñidos de los contertulios que me acompañaban, no tardé en comprender que el tema era muy grave. Pensé que aquella calumnia abominable que alguien había levantado contra mí ya estaba en la calle. Y me resquebrajé; en pocos segundos, mi alma se quebró. Las dudas se amontonaron en mi cabeza como adobes mordidos por un fuerte aguacero, y me pregunté qué actitud debía adoptar para encarar la dura realidad que se me venía encima. Sin embargo, no

hallé respuesta y el mundo empezó a derrumbarse en torno a mí.

Aún sigo haciéndome preguntas y la oscuridad irrumpe en mi cerebro como un vórtice frío donde giran sin concierto un puñado de ideas que nublan mis entrañas. Por desgracia, no hallo herramientas que me ayuden a entender lo que viví esos días. Me vi inmerso en un incendio sin haberlo provocado. Lo más grave es que quien prendió el fuego e hiló aquella trama absurda contra mí, según me confesó alguien días después, fue, paradójicamente (aún sigue siéndolo), la persona más importante de mi vida. Eso fue lo que más me hirió y me hizo padecer.

Todavía me cuesta creer que fuese Beatriz, mi amante secreta hasta poco antes, quien sacó a la luz aquella calumnia que enturbió para siempre mi honorabilidad y me sumergió en un bache depresivo que, hasta el momento, no he superado. Pero esto no sucedió gratuitamente, ni por puro azar, sino que empezó meses antes del escándalo, cuando aún ejercía mi labor sacerdotal en una eminente parroquia madrileña (cuyo nombre aún no me atrevo a mencionar para evitar así males mayores) donde critiqué duramente en mis homilías el capitalismo fiero y vergonzante que en los últimos tiempos gangrena este país, molestando con ello a muchos feligreses que vivían la fe instalados en la rutina, acomodados en el lujo y la opulencia, contrarios por ello en el fondo, de raíz,

aunque acudiesen diariamente a misa, al mensaje evangélico de Jesús de Nazaret. A mí me asombraba y dolía la actitud de algunos de aquellos ilustres parroquianos, pues ponían cara beatífica, sumisa, en el momento de ir a comulgar, aunque luego en la calle, en reuniones o en tertulias, me despellejaban sin misericordia, maldiciéndome y deseándome lo peor. Más de una vez llegaron a mis oídos críticas muy procaces de algún feligrés al que, luego, por desgracia, sin ningún resquemor, debía confesar, y, lo que aún es más triste, dar la absolución.

Finalmente, de tanto incidir con mis sermones en las denuncias al liberalismo feroz, fomentado y urdido por las élites económicas, teledirigido por mentes reaccionarias, alguien muy cercano al obispo consiguió que este, en una desagradable reunión, sibilinamente me llamase al orden. Tres semanas más tarde de aquel áspero encuentro me asignaron la iglesia de San Benito Abad, ubicada en el barrio marginal de Pan Bendito, uno de los lugares más castizos, aunque también más conflictivos, de un Madrid que ya por entonces comenzaba a aborrecer.

Paradójicamente, en esa iglesia fue donde hallé el ambiente que anhelaba y empecé a disfrutar mi labor sacerdotal como hasta esos momentos nunca había conseguido. Incidió también otra circunstancia, y es que Beatriz, sin yo pedirle nada, consciente de que la parroquia era muy pobre, decidió colaborar de un modo espléndido en proyectos sociales que demandaba el barrio. Siempre le agradecí su enorme apoyo, pues no en vano inyectó una inmensa suma de dinero, doscientos ochenta mil euros exactamente (luego añadiría quinientos veinte mil), con la que pudimos afianzar nuestro

proyecto de levantar una casa de acogida destinada a chicas inmigrantes maltratadas o caídas en las redes de la prostitución.

Beatriz estaba pasando esos días un mal momento en el plano afectivo y eso la llevó sin duda a acercarse más a mí, pues la confesaba entonces casi a diario. Su matrimonio había entrado en un declive que yo intenté, como pude, detener. Aunque a la postre no hubo solución: su marido, un afamado empresario de Madrid, multimillonario, machista y fanfarrón, dueño de una cadena de hoteles y restaurantes, la dejó abandonada junto a Valentín, su hijo (que sufría un Asperger profundo, cercano al autismo), tras haber conquistado a una *vedette* de cuerpo espléndido y cerebro inundado de serrín. Luego vino un divorcio duro y borrascoso que, aun habiendo procurado a Beatriz mucho dinero —la suma ascendió a casi diez millones de euros— acabó sumergiéndola en los légamos de una depresión difícil de sanar.

Le costó más de un año asimilar el duro golpe. Al final, con el tiempo y mi pertinaz apoyo, su ánimo frágil fue robusteciéndose. Durante unos meses dejó de ir a la iglesia. Yo me acercaba, al principio, a visitarla a su casa ampulosa, casi un palacete regio, cinco o seis días al mes. Después, con el tiempo, tras cambiarme a Pan Bendito, fue ella quien comenzó a hacerme visitas. Y nuestra amistad, entonces limpia y cándida, se fue transformando en una relación más turbia que terminó de un modo abrupto, cuando yo decidí zanjar nuestros encuentros en un piso humilde y discreto que quedaba a un tiro de piedra de la casa parroquial.